



# ¡TODAVÍA AQUÍ!<sup>1</sup>

**Al llegar a los 80**

**Ernesto Garzón Valdés**

[egv@compuserve.com](mailto:egv@compuserve.com)

José Manuel Caballero Bonald, uno de mis contemporáneos famosos (si la coincidencia calendaria de la llegada al mundo tiene alguna relevancia, como parecen sostenerlo quienes se ocupan de cronologías generacionales, bueno es saber que cuento, además, con la compañía de un papa, una reina y un novelista latinoamericano Premio Nobel), escribía no hace mucho: "¿Los años? En lugar de celebraciones habrá que hacer sonar alarmas. ¡80 años!"<sup>2</sup> Y el mucho más joven Umberto Eco nos cuenta:

"Acabo de leer que cuando se cumplen 75 años se traspasa el límite hacia la ancianidad"<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Cuando había terminado una versión provisional de este escrito y elegido un título que me parecía muy adecuado, a fin de completar la bibliografía resolví consultar el libro de Norberto Bobbio, *De senectute e altri scritti autobiografici*, Turín: Einaudi 1996. Para mi sorpresa y depresión comprobé que uno de los capítulos de esta obra se titula "Sono ancora qui". Ruego al lector que me crea: se trata de una coincidencia en parte agradable pues siempre es bueno coincidir (aunque más no sea en el título de algún trabajo) con alguien que nos supera en calidad intelectual; lo malo es que puede surgir la sospecha de que la coincidencia no fue tal sino que se trata de una simple apropiación. Nada puedo hacer frente a esta sospecha y como no quiero renunciar al título elegido, sólo me queda insistir en la veracidad de mi versión.

<sup>2</sup> José Manuel Caballero Bonald en *El País* del 4 de octubre de 2006, pág. 50.

<sup>3</sup> Umberto Eco, *Süddeutsche Zeitung* del 5/6 de enero de 2007, pág. 11.



Posiblemente ambos tienen razón. En todo caso, cuando se llega a esta edad, sin duda alarmante y plenamente anciana, el adverbio "todavía" resulta apropiado aunque permite, al menos, dos interpretaciones contrapuestas. Una de ellas insinúa un cierto cansancio y un deseo de que todo acabe de una vez: "Estamos hoy mal y cada día estaremos peor hasta que llegue la culminación de lo malo. La vida es sólo un episodio inútilmente perturbador de la bendita paz de la nada", como podría decirse citando a Schopenhauer<sup>4</sup>. No deja de ser interesante recordar que para este escéptico filósofo, justamente el hecho de que el mundo y el ser humano eran algo que no debía ser era la base para asumir una actitud de respeto y conmiseración con el prójimo:

"Desde este punto de vista, uno podría llegar a pensar que la forma verdaderamente adecuada de saludo entre las personas, en vez de 'Monsieur', 'Sir', etc., debería ser 'compañero de infortunio', '*soci malorum*', '*compagnon de misères*', '*my fellow-sufferer*'. Por más extraño que esto pueda sonar, es lo correcto, coloca al otro bajo la luz adecuada y nos recuerda lo más necesario: la tolerancia, la paciencia, la indulgencia y el amor al prójimo que cada uno necesita y a cada uno le es debido"<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> Cfr. Arthur Schopenhauer, "Zur Lehre vom Leiden der Welt" en del mismo autor, *Sämtliche Werke*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft 1963, 5 vols., Vol. V, págs. 343-360, pág. 352.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pág. 358.



Creo que no es necesario recurrir al pesimismo radical de Schopenhauer para fundamentar la tolerancia y la indulgencia. En todo caso, no fue ésta la estrategia argumentativa a la que recurrí hace ya tiempo cuando escribí aquello de las manos sucias y el disco de Mozart.

Sin llegar a los extremos de Schopenhauer, Norberto Bobbio tenía una concepción también bastante triste del "todavía": cada día era un descenso hacia la muerte:

"El descenso es continuo y, lo que es peor, irreversible: desciendo un pequeño escalón cada vez pero cuando he puesto el pie en el escalón inferior sé que no volveré al superior. Cuántos restan no lo sé. Pero de una cosa no puedo dudar: son siempre menos"<sup>6</sup>.

Si fueran posibles diálogos interseculares, Páladas de Alejandría podría aconsejarle a Bobbio:

"Escena y farsa es la vida entera. O aprende a actuar sin tomártela en serio, o soporta los dolores"<sup>7</sup>.

Dejo esta cuestión abierta. Me interesa ahora mencionar la otra forma de entender el "todavía": como una prolongación temporal en

---

<sup>6</sup> Norberto Bobbio, op. cit., pág. 32.

<sup>7</sup> Cfr. Carlos García Gual y Antonio Guzmán, *Antología de la literatura griega*, Madrid: Alianza 2000, pág. 208.



cierto modo precaria pero con un dejo de apertura futura, algo así como un "no-ser-aun". Ernst Bloch centró su interpretación de la ética y la política jurídica justamente en esta orientación hacia el futuro. La vida del hombre estaría siempre guiada por un deseo de superación del presente, cuyo sentido sería sólo comprensible desde un futuro que aún no es. El hombre es – según Bloch - el ser de la esperanza cuyo correlato objetivo es la indeterminación del mundo objetivo. Porque el mundo aún-no-ha sido-realizado totalmente, el hombre puede proyectarse en la espera de lo aún-no-sabido o de lo aún-no-experimentado. El "principio de la esperanza", elemento fundamental de la filosofía blochiana, vale también para el "todavía", sin que importe que sea breve o prolongado. Vistas así las cosas, el "todavía" puede ser interpretado como un "seguir estando", es decir, un estar existencialmente abierto que hasta permite alentar la ilusión de una fallida inducción que falseara la primera premisa de la atribución de mortalidad a Sócrates (que es lo único que de él conocemos, según Bertrand Russell). Hasta qué punto la ilusión es falsa sólo lo sabremos cuando no podamos decirlo.

Pero, seamos cautelosos, supongamos que la inducción de mortalidad es correcta y dejemos también de lado una posible tercera interpretación del "todavía" que lo vincula con una antesala de situaciones *post mortem* empíricamente inaccesibles. ¿Qué es lo que uno puede entonces hacer o esperar cuando "todavía" se está aquí,



descendiendo con nostalgia la escalera de Bobbio o alentando ilusionado la esperanza blochiana?

La respuesta a esta pregunta depende en gran medida de cómo llegamos a estar "todavía aquí"; es, por ello, primordialmente personal y, en este sentido, intransferible pero, secundariamente, es generalizable.

Veamos lo personal: pasaré revista a lo vivido (sin agobiar con detalles) para luego entrever lo que me queda. Y cada cual sabrá si hay algo que le despierte algún interés.

A lo largo de una vida que no puede ser tildada de monótona, he tratado de ser yo mismo quien fije su curso. Estoy convencido que la que procuré vivir era la mejor de las posibles y me alegra haber podido practicarla a pesar de los encontronazos con el fanatismo del terrorismo de Estado, la mediocridad grandielocuente de un populismo corrupto y las vacilaciones de un tímido liberalismo político que signaron el destino de los argentinos de mi generación. En mi caso particular, a los 47 años fui oficialmente declarado "prescindible", "inservible", y catapultado al exilio. Regresé a Argentina después de 10 años, 8 meses y 6 días de ausencia forzada. Se dice fácil pero la vivencia de ese tiempo me pareció a veces interminable y fue, desde luego, fatigante. Hoy la recuerdo como una de esas "interpolaciones" que forman parte del sabor agridulce



de lo vivido y hacen pensar que Séneca tenía razón cuando decía que una "felicidad desmesurada arruina la propia alma"<sup>8</sup>.

Desde hace justamente medio siglo practico la docencia universitaria. Gracias a la hospitalidad alemana, española, italiana y mexicana, pude ejercerla también fuera de mi país. El contacto permanente con gente joven me ha salvado de caer en la solemnidad acartonada y frívola a la que podría haberme llevado otra profesión que cultivé simultáneamente durante casi dos décadas: la diplomacia. En el fondo, tanto el diplomático como el profesor universitario son funcionarios anacrónicos: el primero no cumple ya una función políticamente relevante; no volverán los tiempos de Metternich: hoy en día la política internacional la manejan directamente quienes tienen el poder para hacerlo y al diplomático no le queda ni siquiera el placer de la intriga, que tanto agradaba a Talleyrand. El profesor universitario es, desde el punto de vista del derecho administrativo, un personaje casi medieval por no estar prácticamente sujeto a los mandatos de un superior, algo que parece contradecir el concepto mismo de funcionario. Ello encierra el peligro de la extravagancia docente pero estimula la libertad de investigación. Esperemos que se mantenga la libertad de cátedra, a pesar de los extravíos intelectuales que ella pueda provocar.

---

<sup>8</sup> Séneca, *Epístolas morales a Lucilo*, traducción de Sebastián Mariner Bigorra, José Javier Iso y José Luis Moralejo, Madrid: Gredos 2000, 2 volúmenes, epístola 39, libro IV, vol. I, pág. 250. La expresión "interpolaciones" es tomada de Baltasar Gracián, *El oráculo manual y arte de la prudencia*, Madrid: Cátedra 2005, pág. 124.



He sentido siempre una profunda desconfianza de los elefantes (aunque no olvido la leyenda que ilustra el elefante de Bernini con el obelisco egipcio frente a la iglesia Santa Maria sopra Minerva, en Roma: *documentum intellige robustae mentis solidam sapientiam sustinere*: entendiéndolo como un símbolo de que se necesita una mente robusta para soportar una sana verdad) y una marcada simpatía por las hormigas. He creído más en la constancia que en la improvisación. A las personas notoriamente 'normales' nos conviene andar con cuidado y no dejarnos guiar por el espejismo elefantiásico de proyectos gigantescos que sólo conducen a la infecunda frustración o al ridículo autoengaño.

Nunca me gustó la inmovilidad conservadora de la parroquia, sin que ello signifique que sea insensible a la nostalgia de lo vivido en mi infancia y juventud argentino-cordobesa, arropado por los afectos familiares y de mis primeros amigos. Pero creo que también a tiempo, en el Madrid de los 50 del siglo pasado, comencé a practicar una cierta movilidad vertical en lo social que me ayudó a comprender que lo que toda persona quiere, cualesquiera que sean su edad o su status social es que la tomen en serio. Quizás esto sea una manifestación básica de la autoestima y de la dignidad humana.

Me ha ayudado a vivir el interés elemental por el arte de la pintura, la arquitectura y la música. No es necesario pensar, como el uruguayo José Enrique Rodó, que la estética está a mitad de camino de la ética para, al menos, sentir que la música, por ejemplo, nos hace más



felices y que no todo da lo mismo. El gusto por el arte se convierte así en una especie de muleta de la felicidad. Estoy convencido que se camina más feliz si uno sabe utilizar esos bastones que se llaman Bach, Beethoven o Schubert, y que le hacen pensar a uno que no es verdad que la evolución no da saltos, o hasta creer, como Einstein después de escuchar al joven Jehudi Menuhin en el Berlín de los años 20, que Dios existe.

Justamente porque el arte me ha reconfortado, he rechazado siempre la vulgar estridencia y la irrupción irrespetuosa de lo privado en lo público. Saber que no estamos solos en el mundo y que no debemos mortificar al prójimo con la satisfacción incontrolada de nuestros deseos y preferencias es un principio elemental de convivencia.

Cultivar el contacto intelectual y humano con quienes eran y son mejores que yo y evitar impresionar al débil me ha parecido ser una buena estrategia que estimula la modestia, es pedagógicamente fecunda y puede salvarnos de las trampas de la arrogancia. Me complace saber que cada uno de mis amigos y amigas me supera, al menos en algún aspecto relevante.

Siempre había pensado que la mejor parte de la humanidad es la de mi sexo opuesto; cuando logré vencer la pacata timidez de adolescente beato y puede verificar la elementalmente sabia observación de Adolfo Bioy Casares: "las mujeres quieren lo mismo que





los hombres", mi vida experimentó un espectacular salto cualitativo que culminaría muchos años después con Delia, la definitiva.

He procurado evitar el peligro de establecer relaciones inmutables entre identidad individual y comunitaria en el que suelen caer quienes privilegian destinos colectivos, que casi siempre van acompañados de violencias también colectivas, como recientemente ha recordado Amartya Sen. Me ha importado más lo humano compartido que la exaltación del otro y de la diferencia. He tratado, por ello, de practicar aquella forma de vida que, como decía Jorge Luis Borges, consiste en

"pasar de un país a otros países  
y estar íntegramente en cada uno."

Con clara conciencia de mis limitaciones, no pretendí nunca formular grandes sistemas en el ámbito del derecho, la ética o la política. Creí que lo que podía hacer era más bien proponer algunas clarificaciones conceptuales que tuvieran un dejo de plausibilidad o que pudieran provocar alguna discusión interesante. En el campo de la ética, sobre todo, es peligrosa la pretensión de originalidad. Hans Kelsen acuñó la expresión "sistema estático" para referirse al sistema de la moral. Tenía razón: la tarea del filósofo de la moral consiste primordialmente en inferir racionalmente consecuencias normativas a partir de unos pocos axiomas. No caben aquí actos de voluntad, como en el sistema dinámico del derecho. Por ello no hay tampoco cabida para el



historicismo y hay que andar con cuidado cuando se intenta imponer restricciones histórico-geográficas a los derechos humanos.

Nada es gratis en la vida. Y está bien que así sea. Siendo alumno de secundaria leí un poema de Alfred de Musset, "La nuit d'octobre", que me impresionó, aprendí de memoria y aun recuerdo:

"Si l'effort est trop grand pour la faiblesse humaine  
De pardonner les maux qui nous viennent d'autrui,  
Épargne-toi du moins le tourment de la haine;  
A défaut du pardon, laisse venir l'oubli.

[...]

Lorsqu'au déclin du jour, assis sur la bruyère,  
Avec un vieil ami tu bois en liberté,  
Dis-moi, d'aussi bon coeur lèverais-tu ton verre,  
Si tu n'avais senti le prix de la gaîté?  
Aimerais-tu les fleurs, les prés et la verdure,  
Le sonnets de Pétrarque et le chant des oiseaux,  
Michel-Ange et les arts, Shakespeare et la nature,  
Si tu n'y retrouvais quelques anciens sanglots?"<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Una modesta traducción podría ser la siguiente: "Si el esfuerzo es demasiado grande para la flaqueza humana / de perdonar los males que nos causan los otros, / aleja de ti al menos el tormento del odio / y a falta del perdón deja venir el olvido. [...] Cuando al caer el día, sentado sobre el prado / con un viejo amigo bebas libremente, / dime: ¿con igual placer levantarías tu vaso / si no hubieras sentido el precio de la alegría? / ¿Amarias las flores, los prados y el verdor, / los sonetos de Petrarca y el canto de los pájaros, / Miguel Angel y las artes, Shakespeare y la naturaleza / si no reencontraras allí algún viejo sollozo?"



Alfred de Musset tenía razón: sólo porque alguna vez sufrimos valoramos los momentos felices. ¿Tiene acaso sentido hablar de una felicidad eterna? ¿No seríamos entonces víctimas de aquel "tedium of Immortality" sobre el que escribió páginas memorables Bernard Williams?

Y ¿qué nos queda entonces cuando sólo contamos con un precario "todavía"?

Por lo menos lo siguiente: una cierta posibilidad de contribuir a que la vida de quienes tienen un "todavía" más largo sea más "amable", en el estricto sentido de la palabra, que la que a uno le tocó vivir. Procurar hasta el final que el "precio" de la felicidad no sea muy alto, saber que las cuentas hay que arreglarlas en este mundo y que si Dios no existe no es que todo esté permitido sino que ninguna injusticia y ningún mal evitable lo está. Por supuesto que nos equivocamos, tropezamos, nos contradecemos, y "mordemos hasta el fondo la manzana, contentos de arriesgar el Paraíso", para decirlo con una frase de un comprovinciano ilustre, el gran poeta Leopoldo Lugones, que me hace pensar que en tantas décadas vividas he consumido "contento" un manzanar; continuamente damos testimonio de cuán floja es la madera de la que estamos hechos, como diría Kant. Pero quizás no esté de más saberlo e intentar reducir el alcance de nuestra malevolencia.

Y podemos hacer un balance de lo ya sido, de lo perdido y lo ganado, de lo que preferiríamos poder olvidar y de lo que nos gusta



recordar, para intentar una especie de presente permanente de lo gozado. Pero como el "todavía" apunta siempre hacia el futuro, es bueno no caer en la nostalgia y mantener alerta la capacidad de formular proyectos: desde la compra de un libro proponiéndonos leerlo aun sabiendo que ello será poco probable, hasta la asistencia a un concierto o la organización de un seminario. Comprar un libro es como comprar futuro, escuchar un buen concierto es aumentar el gozo del "todavía" y organizar un seminario es reforzar la confianza en la fecundidad del diálogo en una comunidad de la razón.

Y, ¿es esto todo? Sí y creo que no es poco. Estar alerta para captar los momentos felices y saber cultivar su recuerdo; propiciar una mayor "amabilidad" de la vida del prójimo, concebir y procurar realizar proyectos que, de alguna manera, contribuyan a evitar calamidades individuales y colectivas, cada cual actuando de acuerdo con sus posibilidades, son elementos de un buen plan para dar contenido al "todavía" que comienza a estar presente cuando nos nacieron. Saber que ello es así es un buen testimonio de nuestra racionalidad. Y no es cuestión de lamentarse porque el "todavía" concluya irremediabilmente. Mientras contemos con él, ¡viva la vida!

\* \* \*

Lo que aquí he vivido durante estos dos días es, sin duda, una exagerada muestra de afecto y amistad que me honra y me conmueve.



La agradezco de corazón, pero tengo clara conciencia de que, como decía Baltasar Gracián,

"Son las exageraciones prodigalidades de la estimación, y dan indicio de la cortedad del conocimiento y del gusto"<sup>10</sup>.

Se que vuestra "estimación" es grande como también lo es la mía hacia vosotros. Acepto esta prodigalidad sabiendo también que probablemente ella responde a "cortedad del conocimiento" sobre mi persona. Pero como esta "cortedad" de información contribuye a que mi "todavía" sea más placentero, no habré aquí de corregirla sino que la acepto complacido.

Agradecer es reconocer la deuda de gratitud que adquirimos por actos que nos benefician, que promueven nuestro estar-bien. A cada uno de vosotros debo algo de mi bien-estar pasado y presente. No es posible agradecer aquí con nombre y apellido a cada uno de los que me han honrado con sus comentarios y su asistencia. Sólo cabe un inmenso abrazo verbal que os abarque a todos y os haga sentir cuánto os quiero y respeto. Y como se agradece no sólo con palabras sino con hechos, expreso ahora las primeras y confío contar con un "todavía" lo suficientemente largo como para que éstos den testimonio de la veracidad de aquéllas.

---

<sup>10</sup> Baltasar Gracián, op. cit., pág. 125.